

# EL LIBANO Y CAMP DAVID

EDUARDO HARO TECLEN

**L**OS bombardeos sirios de Beirut son feroces, incessantes, calculados, premeditados. La orden del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de abrir una tregua, un alto el fuego, para poder negociar, no ha sido escuchada. Cada parte acusa a la otra de no respetarlo: la ferocidad continúa. Pero la ferocidad es antigua. Cuando los sirios, los libaneses musulmanes, escuchan las acusaciones de ferocidad, recuerdan fácilmente otras atrocidades que probablemente conmoveron menos al mundo: la destrucción por los cristianos, la Falange, los chamunitas —partidarios del Presidente Chamun, que dirige ahora las operaciones de defensa— en el área musulmana de Quarantina, la destrucción del campo palestino de Tel Zaatar, hace menos de dos años, los bombardeos israelíes sobre las concentraciones civiles palestinas. Los cristianos —la derecha— no solamente diezmaron a los musulmanes —la izquierda—, sino que, después de ocupadas sus zonas, destruyeron toda clase de edificios y viviendas con "bulldozers" para que no pudiera haber ninguna clase de reimplantación. Tierra quemada, tierra devastada. Es el cálculo sirio de ahora. La mayor parte de los bombardeos sobre el Este de Beirut y la zona adyacente —la zona maronita— se hace sobre casas ya evacuadas a partir de los primeros bombardeos. Pero se sigue haciendo para evitar que vuelvan a servir. Se hacen con fósforo, con bombas incendiarias, para destruirlas totalmente. Se trata de que los cristianos no puedan nunca más ocuparlas.

Lo difícil es discernir si lo que se está bombardeando también es el texto de los acuerdos de Camp David, que pueden efectivamente saltar por los aires, o si, por el contrario, es una forma atroz de consolidarlos. La sospecha ha surgido de los propios cristianos maronitas que se ven exterminados —claman que son víctimas de un genocidio— y que huyen —los Estados Unidos han abierto sus puer-

tas a la emigración— y que creen que se trata de una especie de compensación a la paz por separado de Israel y Egipto, y el mantenimiento de la ocupación israelí en las zonas de Gaza, de Jerusalén, en las alturas del Golán... La combinación sería expulsar a los cristianos del Líbano, y convertir este Estado en exclusivamente musulmán, compuesto por libaneses y palestinos, incluso sostenidos por una ocupación permanente de Siria.

Sostiene esta sospecha la re-

les ha hecho disparar— y produciría una guerra total. Probablemente una guerra entre Israel y Siria no sería localizada. Y, desde luego, haría saltar por los aires todos los acuerdos de Camp David, y probablemente poner a Sadat en el trance de romper todos los acuerdos y tomar una nueva postura, o bien ser derribado por su propio pueblo. No olvidemos que una guerra de estas características, en la que cristianos maronitas y judíos de Israel combaten a musulmanes libaneses y palestinos

te de costa (el puerto de Junieh, a veinticinco kilómetros de Beirut).

Toda esta sospecha está provocando la irritación de los libaneses cristianos y de los israelíes. Se han alzado contra la resolución del Consejo de Seguridad: creen que lo que debían haber acordado las Naciones Unidas es una orden a Siria para que abandone el territorio libanés, y la sustitución de sus fuerzas pacificadoras —fueron introducidas en el Líbano para pacificar la situación entre cristianos



ciente entrevista entre Brejnev y el Presidente de Siria, Assad, en Moscú, en la que participó telefónicamente el Presidente de los Estados Unidos, Carter, decidido a toda costa a sostener su "triumfo" de Camp David y a iniciar una era histórica de paz. La llamada telefónica —y una carta del propio Carter fue entregada a Assad en Moscú— tendría la intención visible y oficial de forzar la tregua y hacer que se aceptase la orden del Consejo de Seguridad para la tregua, pero podría ir bastante más allá. La advertencia de Carter consiste en que una ocupación total del Líbano por Siria no sería tolerada por Israel —que ha reforzado sus tropas en la zona, que ha enviado sus barcos de guerra y ya

puede desbordar todos los acuerdos de nacionalidades y de sectores y convertirse en una "guerra santa", en la que difícilmente podrían tomar el lado "impío" Egipto, Arabia Saudita y Jordania. Carter habría ofrecido, tanto a Assad como a Brejnev, que si la tregua tomaba realmente cuerpo y se evitaba la guerra abierta entre Israel y Siria, con todas las complicaciones inmediatas, actuaría diplomáticamente —en la nueva conferencia para la aplicación de los acuerdos de Camp David, que ha de comenzar el día 12— para la conversión del Líbano en un Estado musulmán, con palestinos incluidos, pero con la creación de un mini-Estado cristiano que incluyese una parte de Beirut y una par-

te derechas y musulmanes de izquierdas, y para evitar al genocidio de éstos por aquéllos— por unos "casco azul" internacionales. Su obsesión en no aceptar la tregua, aun sabiéndose militarmente perdidos —el Ejército sirio es infinitamente superior a las fuerzas maronitas; han tratado de no entablar combate directo, pero están siendo forzados a él—, consiste en esperar esa solución política, e incluso la intervención directa de Israel, aun a costa de una guerra generalizada. De otra forma se ven aniquilados y expulsados. La respuesta siria a la orden de tregua tiene en su carácter negativo un aspecto tan alucinante como la realidad misma: "Una tregua es algo que se hace entre Estados y entre ejércitos. Pero



Lo difícil es discernir si lo que se está bombardeando, junto con Beirut, es el texto de los acuerdos de Camp David, o si es, por el contrario, una forma atroz de consolidarlos. A la izquierda, falangistas cristianos manejan una ametralladora montada sobre un jeep.

aquí no se combate entre Estados ni entre ejércitos".

La interpretación de la situación, desde el lado sirio como desde el lado soviético, es la de una provocación de Israel. Para fortalecer los acuerdos de Camp David necesitaría llegar al exterminio de los palestinos del Líbano y al sometimiento de los musulmanes libaneses: habría desencadenado una ofensiva, alimentando en armas y en esperanzas a los falangistas y a los chamunistas, para desalojar definitivamente a los palestinos. La propuesta de Egipto, hecha personalmente por Sadat, iría, según estas fuentes, en el mismo sentido. Lo que propone Sadat es que Siria abandone el territorio, que Israel se aleje de él y deje de nutrir de material de guerra a los cristianos: en ese caso, serían solos los libaneses —naturalmente, con exclusión de los palestinos— los que negociasen entre sí para mantener la unidad y la soberanía del Líbano. Pero nadie puede olvidar que los maronitas, siendo una minoría, tienen el poder en el Líbano, empezando por el Presidente de la República y continuando por el Ejército y el dinero. Precisamente el problema libanés, que es un viejo problema, fue atizado por esta diferencia de clases sociales convertida en diferencia racial y religiosa, y por la creencia de los cristianos maroni-

tas de que con la ayuda de Israel podrían desprenderse para siempre de su tradicional enemigo musulmán, reducido a los trabajos duros y los sueldos bajos. La situación original del Líbano es la de una permanente dificultad entre las minorías religiosas. Maronitas, ortodoxos, católicos, melkitas, forman una unidad conservadora frente a musulmanes sunitas, chalitas, drusos... En 1943, cuando el país consiguió la independencia, se adoptó un "pacto nacional" que aseguraba en el Parlamento una representación proporcional a todas las minorías, pero el grupo cristiano conservador mantuvo el poder y dejó trascender su viejo feudalismo por encima del parlamentarismo democrático. Aun siendo de raza árabe, los cristianos resistieron todos los intentos de nacionalismo árabe que surgía de Nasser, o el socialismo baasista, basado en fórmulas coránicas, y todo ello produjo ya la guerra civil de 1958, para resistir la presión musulmana que tendía a la formación del Líbano dentro de la República Árabe Unida: de ahí surgió con toda la fuerza que aún tiene Camilo Chamun, Presidente de la República y adversario absoluto del arabismo y del musulmanismo, fuertemente sostenido por Estados Unidos, por Israel y por Occidente. Aun privado de la Presidencia, cuando el final de la guerra civil

se saldó por un compromiso, Chamun ha seguido siempre siendo el jefe visible de los cristianos. Es ya octogenario, pero aún ostenta con orgullo el sobrenombre de "El Tigre", y en estos momentos está en un refugio próximo a la zona de combate, con su arma principal: un teléfono. Los periodistas occidentales que han podido visitarlo dicen que su principal interlocutor es el encargado de Negocios de los Estados Unidos. Y dicen también que su solicitud continua es la de que los israelíes entren en el Líbano para rescatar a los cristianos cercados, que de otra manera serían definitivamente exterminados. La posibilidad de enorme conflicto mundial que podría traer esta intervención apenas le importa: cuando los suyos están al borde del exterminio, poco puede importarle que arda el mundo entero.

Mantiene Chamun una esperanza: la de un cambio de frente de los sirios. No sería la primera vez. La verdad es que en 1976 la intervención siria favoreció a los cristianos, y en el mundo árabe se la acusó de traición, y podría ahora —según parece crear Chamun— ser especialmente sensible a ofertas y sugerencias de los Estados Unidos para cambiar de actitud una vez más. Sobre todo si no encuentra seguridad de apoyo en la Unión Soviética.

Una de las especulaciones es, naturalmente, la de que la URSS ha favorecido el asalto militar sirio para contrarrestar el efecto de Camp David. Pero esta especulación va acompañada de la idea de que la URSS no tiene gran deseo de enfrentarse con rudeza a los Estados Unidos en el momento en que parece que se abre el camino para la continuación y el final de las negociaciones SALT; y menos aún cuando su enfrentamiento con China está alcanzando un "climax" en el que no parecía aconsejable un compromiso militar y político en la zona de Oriente Medio. Lo que podría aceptar la URSS, y con ella Siria, sería una introducción de estos dos países en las negociaciones de Camp David: la URSS como consejera y mediadora, y a cambio de algunas concesiones, y sobre todo para conseguir que el Líbano se convirtiera en un Estado musulmán con los palestinos en puestos de gobierno y con los sirios controlando la situación. La clave está en que los israelíes aceptaran esa situación, a cambio de su permanencia en los territorios conquistados, y al mismo tiempo que los otros países árabes dieran su acuerdo. Nada de todo esto parece que sea fácil. Y lo que suceda en Washington el día 12 pesará forzosamente por lo que esté ocurriendo en tierras del Líbano. ■